

EL VACÍO MODERNO

El mundo se ha psicologizado. Cualquier análisis de la realidad que se precie va a descansar en el fondo sobre elementos psicológicos. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado para que se haya operado este cambio tan marcado? ¿Cuáles podrían ser las claves que expliquen este fenómeno? No se puede dar una respuesta sencilla que resuma todo lo que está sucediendo. Son muchos los factores que han originado esta instalación en el campo de la psicología de una gran parte de la humanidad.

Para relacionar esto hay que señalar las luces y sombras de nuestra época actual. Tenemos haber y debe positivo y negativo. Por una parte están los grandes avances alcanzados, las cimas a las que ha accedido el hombre en estos últimos años. El despegue de la ciencia moderna, la acelerada *tecnificación* que nos ha permitido conquistar metas hasta ahora insospechadas, *la revolución informática*, que es capaz de simplificar los sistemas de ordenación y procesamiento de datos. También hay que subrayar la denominada revolución de las comunicaciones: ya no hay distancias en el mundo y en pocas horas nos plantamos en el otro extremo de la tierra; esto era hace tan solo unos años algo impensable. De otro lado, se has despertado muchas conciencias dormidas, tales como los derechos humanos, la democratización de una gran mayoría de países que viven el libertad y la progresiva preocupación por la justicia social, que ha llevado a una equidad mayor por un lado y a la existencia de una clase media cada vez mas sólida y estable por otro. Los altos niveles de confort y bienestar han cambiado la vida del ser humano de nuestros días, sobre todo si lo comparamos con el de principios de este siglo o si nos remontamos a la última etapa del siglo XIX. Hay que señalar también, en este balance positivo, la riqueza cultural de la actualidad, que va desde la música a la literatura, pasando por la pintura, la escultura, la ordenación de nuevos y grandes museos... La conciencia ecológica, que demuestra una nueva sensibilidad por la naturaleza, los espacios verdes y su posible degradación, y además, la nivelación o paridad de la consideración hombre/mujer: se está superando el machismo tradicional y se avanza hacia un feminismo bien entendido, que respeta y valora la condición femenina, y tareas intelectuales, políticas, artísticas, docentes, etc.

Pero en la cultura occidental actual hay sombras importantes. Algunas insospechadas, sorprendentes. Los *ismos* mas importantes son los siguientes: de un lado, *el materialismo*: solo cuenta aquello que es tangible, que se toca y se ve; es como el

destino casi último de la sociedad de la abundancia. Junto a él se alinea *el hedonismo*, que pone como bandera fundamental el placer y el bienestar. Ambos nos dan una mezcla muy singular. Solo cuenta la posesión y el disfrute de unos bienes materiales que, por muy abundantes que sean, siempre terminan dejando insatisfecho el corazón humano. Materializado el ser humano en sus aspiraciones más profundas, terminará desliziándose hacia una nueva decadencia.

Es importante también *el relativismo* que ha ido llevando a un marcado *subjetivismo*: todos los juicios son flotantes, todo depende de algo, como en una especie de cadena de conexiones; todo es relativo. Se produce así una absolutización de lo relativo. Además, *el consumismo*; ésta es una nueva forma de liberación. Estamos destinados a consumir: objetos, cosas superfluas, información, revistas, viajes, relaciones; se trata de tener cosas. La pasión por consumir. Hay a nuestro alrededor un exceso de reclamos, tirones, estímulos, y decimos que si a casi todos ellos. De aquí surge un nuevo hombre: embotado, repleto de cosas, pero vacío interiormente.

Y salta otro dato en este inventario de factores: la deshumanización. Ha venido de la mano de la ciencia y de la técnica. El hombre tecnificado se desdibuja, pierde apoyo y consistencia, y llega a posponer el valor del ser humano como tal. Nunca a lo largo de la historia nos habíamos preocupado tanto del hombre como ahora y, a la vez, nunca había estado éste tan olvidado, tan cosificado, tan reducido a objeto. Así se alcanza una nueva cima desoladora y terrible: *la socialización de la inmadurez*, que va a definirse por tres notas muy especiales: *la desorientación*, es decir, el no saber a que atenerse, el carecer de criterios firmes, el flotar sin brújula, el ir poco a poco a la deriva; *la inversión de los valores*, esto es, un nueva fórmula de vivir, el atreverse a diseñar la vida con unos esquemas brillantes y descomprometidos, pero sin fuerza, en una especie de ejercicio circense parecido al “mas difícil todavía”, pero en aras de una libertad voceada y ruidosa; y, en tercer lugar, *el vacío espiritual*, que no comporta ni tragedia ni Apocalipsis.

El autor francés Gilles Lipovetsky ha definido esta época como la era del vacío. Y Alain Finkielkraut concluye así: *Una sociedad finalmente convertida en adolescente*. Glucksmann prefiere definirla como *la sociedad del cinismo*.

Éste es el nihilismo de nuestros días. Es la disolución por ausencias, todo es hueco, laguna, vaciedad, desierto. En la versión moderna ésta es su anatomía interna.

Nihilismo que se define en versión inglesa como apatía new look. Desprecio de todos los valores superiores. Indiferencia pura. Es el desierto posmoderno. Se cumple el diagnóstico de Nietzsche, aunque con un poco de retraso: elogio del pesimismo y exaltación del absurdo. Etapa decadente, de apatía de las masas. Indiferencia por saturación de contradicciones; esto ocurre en la gran mayoría de los campos, pero se observa con especial claridad en el campo de la información. Pléthora informativa vertiginosa y detallada que termina por ser abrumadora, coyuntural, sin conclusiones personales y sin emociones duraderas. Información no formativa: no conduce a conseguir un hombre mejor, más completo, rico denso y más preparado; al contrario, llegamos a una versión opuesta; un hombre débil, sin criterio, anestesiado por tanta noticia dispar, incapaz de hacer una síntesis de todo lo que le llega de aquí y de allá. El destino de todo esto apunta hacia una banda de transición que va de la melancolía a la desesperación, de la ansiedad al suicidio. En conclusión: la vida no merece la pena o es tan banal que el hombre moderno de la cultura occidental vive sin referencias ni puntos de apoyo sólidos. La existencia se hace insostenible. No se sabe para que se vive ni para que se muere.

La vida necesita argumentos sólidos y coherentes. El sentido de la vida significa tener respuesta a los grandes interrogantes de la vida: para que vivimos y para que morimos. Y descubrir los valores. Y saber que el primer valor humano es el otro, para tratarlo no como cosa sino como dignidad. Y la trascendencia.

Doctor Enrique Rojas Montes, Psiquiatra